

Culiacán en el Siglo XIX. La transformación de las estructuras espaciales del área central de Culiacán durante el siglo XIX. (Llanes, René A. (2012))

Culiacán in the XIX Century. The Transformation of the Spatial Structures of the Central Area of Culiacán During the XIX Century. (Llanes, René A. (2012))

Méndez Eloy¹

1. A René Llanes le preocupa la condición precaria de la arquitectura heredada. Desde la *Introducción*, enuncia el trasfondo de lo que quiere decir: pronunciarse por la salvaguarda de las permanencias patrimoniales ante la embestida destructora del vigoroso crecimiento económico regional de Culiacán basado en la agricultura de exportación combinada con la terciarización urbana.

Congruente con su formación, el autor argumenta mediante el filtro de la historia urbana y arquitectónica. De manera que muestra la pertinencia de abordar el estudio de la ciudad en el siglo XIX, acotado entre los que considera periodos de cambio histórico, Independencia y Revolución, por lo que el lapso alcanza a morder el siglo XX, según abarcó el régimen porfirista.

El periodo elegido es el contexto de implementación de una modernidad entendida como borrón y cuenta nueva del escenario urbano. Es decir, la perspectiva y prácticas destructoras contemporáneas acompañaron tanto a la demolición de la ciudad colonial como a la formulación de la ciudad neoclásica y romántica. En pocas palabras, las permanencias actuales tienen carácter de pervivencias: no sólo resisten a la intemperie y cambios tecnológicos, económicos y culturales, sino que, además –y, sobre todo- desafían con infortunio la picota esgrimida con fundamentos ideológicos y de circunstancia política o económica.

2. Enseguida decide la criba por la que pasa el fenómeno: Parte de reconocer la ciudad como

sistema complejo. Reconoce diversos sistemas conformadores de la ciudad, desde luego, con énfasis en el sistema arquitectónico. Es en realidad una forma de cortejo elegante y prudente de la masividad fáctica de la ciudad secular, misma que suele inundar la percepción y valoración de sus componentes, lo suficiente para que la ubicuidad de la arquitectura sea remitida sólo a telón de fondo, a soporte material anónimo de la acción social.

Esta decisión consigue revelar lo complejo, entendámosla como dimensión polivalente en que es legítimo exhibir para la ocasión el protagonismo de la arquitectura como hecho urbano contextualizado en una ciudad compleja, frágil, inestable, abierta, autorregulada: en pocas palabras, difícil de entender. Se apoya entonces en un amplio abanico de autores, tomando decisiones que en este comentario debo exhibir por señalar un amplio y profundo trabajo de búsqueda y reflexión. Consigue conciliar autorías y fuentes de diversas generaciones, corrientes y disciplinas, destacando la obra teórica significativa para él ineludible de Castells, Rossi, Romero, así como el compendio de datos locales conseguido por el historiador Nakayama.

Con todo, poco podría aclarar en un panorama ya muy barrido y ahora escaneado por una generación casi impotente ante cambios aplastantes, cuando el sentido común parece aconsejar el repliegue, insensibilizarse ante la catástrofe imparable. Sin embargo, el autor reacciona haciendo el esfuerzo empírico, casi

¹ Doctor en Urbanismo, Profesor-Investigador, Miembro del Sistema Nacional de Investigadores CONACYT reconocido en el Nivel 3; E-mail: mendez.sainz@gmail.com

dramático de rescate de la minúscula soledad del fragmento urbano tantas veces ignorado, el lote, “por ser la unidad mínima de estudio”, tomando la decisión estratégica más valiosa de su estudio, es decir, enfatiza la parte sensible tantas veces atropellada y anónima de una totalidad que se devora inmisericorde a sí misma para dar vida a una figura abstracta: el sistema (p. 26), sólo humanizado al ser engendrado en la pugna interminable de una sociedad en la que cada quien lucha por lo suyo (p. 29).

3. Congruente, el producto es un libro complejo. El fenómeno urbano no se deja atrapar fácilmente en una imagen instantánea que simplifique decir lo más destacado. De ahí que René Llanes se somete a la disciplina académica de estructurar la realidad acorde a los ejes que más le interesa distinguir: la morfología de la ciudad, su historia, la arquitectura, los grupos y linajes dominantes, los cambios históricos-urbanos.

Echa mano de los aportes científicos y culturales del entorno. Retoma los planteamientos de la sustentabilidad recogidos en la Agenda 21 en el punto que propone “garantizar la perdurabilidad de las huellas del pasado en la realidad contemporánea” (p. 37). Recupera la categoría “cultura material” cuando incluye las permanencias características de “un periodo histórico determinado de la construcción gradual de la ciudad” (p. 40). Acude a la “morfología urbana” en cuanto le permite recordar que las formas de la ciudad han respondido a los reclamos del lugar y han sido formuladas en proyectos de época que van de la fundación del puesto de frontera a la villa y luego a la capitalidad provinciana del noroeste, pasando por la racionalidad borbónica.

En suma, Culiacán ha acudido a la cita de un entramado que le dota de distinción y relevancia, se engarza en una serie de procesos globales a los que responde con puntualidad y pertinencia.

4. Así dicho, se ha cumplido con el protocolo y el rigor suficientes para resumir verdaderos cuadros urbanos: el colonial, el decimonónico y el porfirista.

Se destila entonces la serie de piezas compuestas y luego recompuestas: la plaza, la parroquia, catedral, el teatro, el mercado, el hospital, palacio, el colegio, la fábrica, la cárcel, el ingenio azucarero. Un conjunto cruzado con las redes de

la modernidad: la energía eléctrica, el agua potable y los puentes. Con estos ingredientes es posible para el autor darle espesor al “sistema de sentidos” contenido en el sistema urbano.

No me es posible ponerme en el lugar de un sinaloense, cuyos cimientos emotivos han de cimbrarse al recordar el remolino de experiencias y anécdotas colectivas y personales que anuda cada construcción ubicada en el pasado, pero que es espacio vivido por el relator en su casa, su barrio, su escuela, su callejón, su esquina, su árbol, su dintel, su rincón. Todos ellos lugares de afecto especial por retener la primera cita y el secreto de los primeros sueños. Un sustrato profundo de lo que décadas después le han dado identidad y motivaciones personales para defender arquitecturas así sea buscando argumentos en el rescoldo de la memoria de los archivos mentales de sus padres, sus abuelos. Un sinaloense agricultor que debió salir de su pueblo a la metrópoli para forjarse a la manera del cosmopolita Teodoro González de León, el perfil del arquitecto renacentista, de ser humano integral que traducido en tierra chilanga de época, inspiraba la asamblea, el sindicato, el comité de lucha, cargar la guitarra, cantar en las peñas, correr a esconderse de los tiras, aprender haciendo en los talleres con signo artesano, humillarse en el barro del albañil con la idea de acercarse algún día al constructor artista y al urbanista plantado en la utopía de la ciudad integral, superando una terca realidad desbordante de violencia que deriva en la extinción de los productos más acabados del arte regional.

No me es dada la magia de ponerme en la piel de otro. Pero sí puedo imaginar el esfuerzo intelectual de enfriar la anécdota familiar y el sentimiento asociado mediante el discurso teórico, pasar de la autobiografía a la monografía urbana. O sea, desbrozar la ciudad y su sociedad constituidas en siglos para dilucidar un problema singular, realizar un trabajo de minería en los socavones simbólicos de conformación del tejido urbano para atrapar la piedra preciosa de la permanencia arquitectónica.

5. El texto sigue la secuencia de lo general hacia lo particular, de los procesos sociourbanos a los lugares y las arquitecturas, de la ciudad toda a sus franjas centrales. Va de la historia matriz o gran historia decimonónica a las historias particulares de la plaza mayor, la parroquia de

San Miguel Arcángel, Catedral de Nuestra Señora del Rosario, la sede del obispado, los portales, la Lonja, el Seminario conciliar tridentino, los cementerios, el mercado el Parián, la fábrica de mantas Vega hermanos, las cuales confluyen para sintetizar lo que el autor llama, con Romero, la ciudad criolla, realizada sobre la novohispana.

Lo mismo sucede luego con la formación de la ciudad capital que, siguiendo a Felipe Molina, el personaje consagrado en la obra previa de Llanes, se va definiendo en la modernización porfiriana gracias a la plaza Rosales, las colonias Hidalgo y Almada, el Santuario, el mercado Garmendia, el Hotel Ferrocarril, el Colegio Civil Rosales, Palacios de Gobierno del estado y del municipio y otros equipamientos en consonancia con las nuevas redes urbanas del ferrocarril, alumbrado público y telégrafo.

6. Para terminar, veamos la aportación del libro de René Llanes. En primer lugar, fundamenta una postura ética de valoración, rescate y preservación del patrimonio arquitectónico y urbano. Ancla sus argumentos en la significación sociohistórica de la arquitectura como propuesta constructiva y estética.

En segundo lugar, asienta vetas para investigaciones posteriores. Las ha dejado a la manera de los antiguos constructores medievales y logias gremiales que, a la vista de magníficas construcciones templarias que exhiben las figuras y espacios de culto de masas de fieles, cifraron su herencia en códigos enigmáticos a interpretar y seguir sólo por los iniciados en sus rituales y convicciones, que no desaprovecharon los pasajes sagrados para dejar evidencias profanas de la geometría y saberes trascendentales basados en la razón.

Son, en mi opinión, las mayores aportaciones, deja plasmados análisis geométricos que configuran re-construcciones hipotéticas de patrimonio perdido en términos de obra material, a la vez que estudios del diseño de los mejores edificios del centro histórico. Más allá de cerrar su estudio con las conclusiones y amarres teórico-empíricos de rigor, que sí lo hace, deja sembradas semillas visibles al ojo curioso y creativo. En actitud de maestro generoso nos

regala verdaderas joyas de análisis gráfico de la mejor arquitectura local, pero lo hace en la total discreción, son imágenes modestas que pudieron ser motivo de largas disquisiciones y ornamentación del discurso plasmado en varios atractivos capítulos de un verdadero tratado, pero han quedado casi marginales, sin lucimiento, como si fuera un monólogo interno a madurar más adelante, o como si fuera un lenguaje, un esperanto que establece un diálogo oculto paralelo a lo explícito, como si fuera una fina venganza ante la banalidad y frecuente simplismo de la evidencia visual con pretensiones de objetividad.

Quiero pensar que así nos anuncia su proyecto para estudios posdoctorales que espero desarrolle en la serenidad y sabiduría de su plenitud intelectual. Gracias, René Llanes, por compartir.